

<sup>7</sup> *Así construimos...*, op. cit., p. 49.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 37-38.

<sup>9</sup> Alistair Thomson, "La utilización de la biografía del recuerdo en

la exploración de la identidad nacional y masculina: estudio de un caso australiano", en Percy Bird, *Historia y Fuente Oral*, núm. 11, Barcelona,

Universidad de Barcelona, 1994, p. 24.

<sup>10</sup> Radicado en México, Luis Buñuel dirigió el filme *Los olvidados* en 1950.

<sup>11</sup> Walter Benjamin, op. cit., p. 189.

## El exilio soviético

Anna Ribera

Carmen Parga, *Antes que sea tarde*, Madrid, Compañía Literaria, 1996, 182 pp.

La Guerra Civil española y el éxodo y exilio de miles de vencidos del bando republicano han sido objeto de numerosos trabajos de investigación histórica, así como de la escritura de gran cantidad de libros de memorias y autobiografías. El trauma del conflicto y, sumado a él, el del desarraigo y la inserción en países nuevos y distintos fue un importante estímulo, como todas las situaciones de excepción, para dejar constancia de la propia experiencia y, de paso, de la experiencia colectiva. La guerra española, vivida como trágica defensa frente al totalitarismo fascista, se convirtió para sus actores en una experiencia que había que reseñar y de la que había que dejar constancia.

Dos países ayudaron a la acosada República española, a pesar de los acuerdos de no intervención de Inglaterra y Francia: México, bajo el gobierno de Lázaro Cárdenas, y la estalinista Unión Soviética. No es por ello extraño que a estos dos países llegara una cantidad muy importante de los perdedores de la guerra. A México, militantes de todas las tendencias, y a la URSS, fundamentalmente militantes comunistas. Sobre la experiencia de ser exiliado en la Unión Soviética y

en los países del bloque socialista trata el libro de Carmen Parga, *Antes que sea tarde*.

Joven militante comunista, estudiante de la Universidad de Madrid, entusiasta activista política, Carmen Parga vive con intensidad los tiempos de la flamante República española, así como los desgarradores días de la guerra desde el frente de batalla al lado de su marido, Manuel Tagüeña. Tras la derrota emprenderá el camino del exilio por una Unión Soviética que poco tiempo después de su llegada se verá inmersa, ella también, en los horrores de la guerra.

La presencia de los Tagüeña Parga en el mundo socialista fue modificando desde un principio y poco a poco la perspectiva de su militancia. "A pesar de nuestro esfuerzo por verlo todo positivamente, al fin y al cabo estábamos arribando a la Unión Soviética, patria de todos los trabajadores del mundo, modelo para el futuro de toda la humanidad. Nuestra primera visión del puerto de Leningrado fue bastante deprimente", dice Carmen Parga. Luego añade, "claro que el culpable era el frío, y nosotros íbamos a construir el socialismo en un país cálido, así que sin perder el optimismo y con la esperanza de que saliera el sol, pisamos el suelo del país soviético". Unas líneas después las razones climáticas ceden paso a las políticas: "Al pasar la aduana, aunque

fuimos tratados amablemente, nos extrañó la minuciosidad con que fueron revisados nuestros pobres equipajes. A Tagüeña le requisaron un ejemplar de *Mi lucha*, de Hitler, editado en París por el Partido Comunista Francés. Primer síntoma de que no era lo mismo ser comunista fuera que dentro de la URSS."

Pero, aún con buen ánimo, los Tagüeña se instalaron en Moscú. La relación del Partido Comunista con los inmigrantes españoles, la incorporación de Manuel Tagüeña a la Academia Frunze —la academia militar soviética—, y la de Carmen Parga a la escuela Piragóskaya para trabajar con niños españoles, ocuparon los primeros tiempos de su estancia en la URSS. Pero esta vida que la autora dice "podía considerarse normal y hasta monótona" cedió paso a la inevitable entrada de la URSS al conflicto armado en las vísperas de 1941, tras la ruptura del pacto germano-soviético. El 22 de junio de 1941 Molotov anunció por radio que el ejército alemán había cruzado la frontera soviética. Los exiliados españoles se preparaban a vivir una segunda guerra tras la reciente derrota en su propio conflicto. Parga comenta la diferencia de sus sentimientos en una y en otro:

Yo trataba de recordar mi estado de ánimo en España durante la

guerra y compararlo con el de ahora. La diferencia era clara, entonces como a todo el mundo me dominaba un solo deseo: vencer. Ahora pensaba solamente en cómo sobrevivir.

La guerra separó a la familia. Tagüeña se fue al frente. Carmen Parga con su hija y su madre llegó por tren a Yableika, en la región de Pensa, en el corazón de Rusia. Allí los evacuados de Moscú tuvieron que trabajar en el campo y, una vez terminada la cosecha, como albañiles en el edificio de una clínica. La Academia Frunze fue trasladada a Tashkent, la capital de Uzbekistán, y con ella, en enero de 1942, los Tagüeña. Allí permanecieron hasta la derrota del ejército alemán en la batalla de Stalingrado, que coincidía con la apertura de un segundo frente de los aliados en Europa. Tras vivir la peor escasez y carencia de todo lo elemental y la muerte del padre de Carmen, empezaron a vislumbrar la posibilidad de volver a Moscú: “Antes de la guerra todos nuestros sueños se centraban en volver a España y especialmente a Madrid... Pero desde que llegamos al Asia central nuestras ansias se dirigían a Moscú: Moscú, Moscú, cuándo volveremos.”

La estancia en Moscú, impregnada de las desconfianzas, rivalidades, acusaciones y delaciones dentro del Partido Comunista Español en la URSS no duró mucho. A partir de 1945 salieron españoles rumbo a Yugoslavia, para irlos acercando a la frontera española al considerarse inminente la caída de Franco. Tagüeña, catalogado como “técnico militar”, formó parte del grupo y la familia entera tuvo que iniciar un nuevo capítulo en su vida.

El ambiente en la Yugoslavia de Tito era distinto al de la URSS de Stalin.

Los cuatro supervivientes de mi familia: mi madre, la niña, mi marido y yo —dice Carmen Parga— nos mezclamos con aquella multitud jubilosa que nos fue ganando y contagiando su alegría.

Sentían como si hubieran llegado a casa. Tagüeña estaba como consejero del ejército en Nis, una pequeña ciudad cerca de la frontera con Grecia y Macedonia, y la situación económica era mucho más desahogada, la vida más vinculada a las noticias de Europa a través de la prensa y la radio. Pero la independencia de Tito respecto a los dictados soviéticos provocó que la URSS empezara a retirar consejeros en Yugoslavia y a presionar al gobierno. La vida volvió a complicarse: Manuel Tagüeña fue trasladado con su familia a Belgrado, destinado al Estado Mayor Central. Mientras tanto, los partidos comunistas europeos acusaban a Tito y al Partido Comunista yugoslavo de desviacionismo y traición. Las simpatías de los Tagüeña por el país en que se encontraban les crearon una situación difícil que los llevó a aceptar un exilio más, ahora en Checoslovaquia, en donde los comunistas acababan de tomar el poder.

En Brno, la ciudad en que se instalaron, Carmen trabajó en la Facultad de Letras de la Universidad Mazarik, en el Seminario de Lenguas Romances, como profesora de español. Las condiciones de vida y de trabajo eran buenas, pero eran “conscientes de que muchas bombas iban a estallar sobre nuestras cabezas”, por lo que la familia Tagüeña Parga decidió buscar la ocasión de salir del mundo comunista “enloquecido, angustiante, amenazante”. Tuvaron que pasar siete años.

La muerte de Stalin distendió el ambiente y permitió abrigar esperanzas. Iniciaron las gestiones para trasladarse a México, donde se en-

contraba el resto de la familia. Los trámites burocráticos fueron largos, engorrosos y complicados, y dolorosas las despedidas de los amigos checos y españoles. El 12 de octubre de 1955 llegaron a la ciudad de México. La integración fue rápida. El viaje había terminado.

*Antes que sea tarde* es una obra construida a partir de las memorias personales de Carmen Parga quien, con una formación universitaria, una militancia política y una guerra perdida a cuestas se aventuró en el mundo socialista para admirarse de lo admirable y decepcionarse de lo que, a todas luces, se apartaba de sus proyectos y sueños revolucionarios. Pero la obra de Parga proporciona además una visión “intimista” de lo vivido: la vida en familia, la maternidad, las amistades con otros españoles así como con rusos, uzbekos, yugoslavos, checos, los problemas de habitación, las vacaciones, las actividades para sobrevivir, los problemas lingüísticos. Visión femenina, lúcida, penetrante, la obra no sólo ofrece la reflexión en torno a los grandes temas del siglo XX: la guerra española, la lucha contra el fascismo, la construcción del comunismo, las intolerancias de todos los signos. Es también un acercamiento a las formas de sobrevivir en él desde la cotidianidad, de colaborar a construirlo, de confiar en sus posibilidades. La obra testimonial de Carmen Parga, sucesión de exilios y desarraigos, no es sin embargo desesperanzada. No pretende ser una diatriba anticomunista —el ideal sigue siendo hermoso, considera la autora— ni es tampoco la justificación de una militancia tras la desaparición del mundo socialista. Es la necesidad de dejar constancia de lo vivido ante la certidumbre de que esta aventura familiar, esta odisea moderna es, en cierta forma, la historia de nuestro tiempo.